

El tío de mi madre era considerado un héroe porque en la Segunda Guerra Mundial había pertenecido a la guerrilla partisana que combatía a la Wehrmacht ocupante de la isla. Creta era un centro estratégico para los alemanes porque en la costa sur mediterránea combatían contra las fuerzas británicas. No lograron nunca dominar el centro montañoso de Creta. Ninguna patrulla llegaba a escalar los vericuetos rocosos escarpados. Los partisanos resistían desde allí, saboteaban al ocupante, a veces con armas inadecuadas, a veces con rifles ingleses; asesorados, entre otros, por un general de la República Española refugiado de la Guerra Civil que impulsó obras de ingeniería y diseñó un viaducto para surtir de agua a una aldea de montaña cerca de Anogeia. Allí lo recuerdan con respeto reverencial. Pero papá nunca combatió. Pertenecía a la generación de la Guerra Civil griega. Esa guerra no se libró en Creta sino más bien en el continente.

Las botas negras lustrosas de betún, las botas de papá, eran para mí el emblema de todo lo triste de mi infancia. La ciudad de Jania casi desierta, las cortinas de los negocios bajas. Y de pronto una mujer de tetas grandes con un vestido Dior de cintura apretada y falda ancha, que solo le servía para ir a comer sándwiches los domingos en la confitería del viejo panadero Malia. Todas las otras mujeres, incluso mi madre, vestían de negro.

Mi padre me llevó una vez —de niño— a un pueblo en la montaña. Celebraban el aniversario de la muerte del general español. Ofrecían semillas de anís, melón, sandía y girasol. No son tan populares en la costa. Un chico llamado Aleko, de la misma edad que yo, usaba pantalones rojos (una tela rara en ese tiempo de carestía). Me tomó de la mano y me mostró las colmenas.

Algunos tocaban chirimías y él bailó, no una danza folklórica griega sino de origen turco, parrandas de hombres solos que se excitaban con los movimientos provocativos de Aleko. Un impulso ancestral no expresado en palabras sino en exclamaciones y el brillo cómplice de los ojos me asustaron. Era un misterio ajeno a mi escuela de Jania. Hojas de viña, transparentadas por el sol, movidas

por el viento, daban luces, sombras, a las caras curtidas, rojas por el vino, bocas desportilladas reían estúpidamente y las figuras se acercaban a Aleko de un modo que me pareció amenazador. Mi padre me apartó de un tirón y tomamos el camino de vuelta por estribaciones de montaña que bajaban hacia la borrosa bahía enroscada en un polvo de luz.

La gris Creta de los cincuenta pasó a ser la colorida Creta de los sesenta. La economía, basada hasta entonces en los productos de la tierra, los olivos más que nada, mejoró cuando empezaron a llegar turistas con monedas fuertes. La isla dejó de ser escuálida. Se volvió el emporio vacacional de ahora.

Nuestra casa de Jania está en el límite entre la ciudad nueva y la antigua ciudad veneciana. Venecia dejó su huella durante los siglos de ocupación, aunque todavía pueden verse pequeños templos anteriores, galponcillos romanos, el templo de Santa Margarita, una miniatura románica decorada en gótico afilegranado naranja y rosa contra el azul celeste de las tejas y del cielo.

La isla es un campo de ruinas. El toro de Minos, la conquista micénica, la anfictionía griega, el imperio bizantino, la invasión árabe, Bizancio otra vez, que entregó Creta a un noble provenzal de las Cruzadas para mejor protegerla de los turcos. Luego la compró Venecia y la dominó por dos siglos. Al cabo llegaron los inevitables turcos. Me duele la invasión turca porque destruyeron los manuscritos traídos a Jania desde Bizancio. Al caer esta ciudad en 1453 en manos de los turcos, algunos letrados bizantinos, expulsados de su nueva Troya, se refugiaron en Jania y trajeron incunables. En un entorno tan frágil como el nuestro fue imposible proteger esos tesoros.

En los fragmentos de frescos del palacio de Knossos aparece el lirio asociado a la figura más cautivante: el Sacerdote de los Lirios, un adolescente de cabello largo, gorro de plumas, cintura increíblemente estrecha. Sobre fondo azul el lirio está pintado en ocre rojizo de sangre de toro. Y sobre fondo rojizo

de sangre de toro el lirio aparece pintado de azul. Los pétalos corresponden tanto a la tierra color sangre como al azul del cielo.

El fondo de los frescos se divide en zonas de color separadas por franjas ondulantes y orlas de curvas. Realzan la ondulación de los tallos de lirios, viboreznos meandros, pétalos alargados y remolinos, bucles de muchachas y muchachos. Todo se comba y gira y recuerda a Gauguin pero en el palacio de Knossos el tratamiento es limpio, el contraste simple y alegre. El fresco del Sacerdote de los Lirios está rodeado de una franja que representa una sucesión de discos superpuestos en fila pintados de colores según una pauta regular: amarillo, morado, azul, blanco, rojo. Esta secuencia de colores y la forma de los discos dinamizan el marco. Tonos rotundos que ha mudado el tiempo. El amarillo es el más brillante. El blanco es opaco tanto como el negro. El blanco aquí no es puro; tiende al azul, al amarillo, al rojo.

Las columnas de los patios en el palacio de Knossos son cortas, más anchas en la cima que la base, pintadas de rojo. Cipreses puestos de cabeza, su punta se hunde en la tierra. Los capiteles redondos sobresalen a modo de lotos o sombrillas.

La diosa de las serpientes semeja una dama *belle époque* de falda larga, me recuerda una pintura de Vuillard. El pelo se enrosca en serpientes al caer sobre la espalda. Sus senos están expuestos. Vive conectada por los pezones al colmillo de las serpientes.

Casi todas las casas de campo de Creta tienen pérgola y viña. Villa Idaea por ejemplo queda a seis kilómetros de la costa, subida al monte. Villa Idaea es el modelo de casa cretense. De niño visitábamos allí a una prima de mi madre. Su ventanal en arco, el porche también en arco, la pérgola de cañas sobre la terraza superior por donde monta la viña. Al costado hay un hibisco y junto a él un odre antiguo de terracota, ancho en su mitad y de cuello estrecho. Servía para mantener fresca el agua. En Villa Idaea habían instalado un tanque de agua encima del techo de la casa, por lo

tanto ese odre resultaba obsoleto. Ese odre ¿quién lo podrá transportar? En un carro tirado por burro vi que lo transportaban. Nuestra tierra volcánica, árida en partes, de costas destempladas sin árboles ni verde, está a merced del viento siroco malsano que sopla desde el África dos veces al año. Viene por el agua pero nos obliga a mascar arena.

Jania era la capital de la isla. Pero en los cincuenta Heraklion fue transformada en cabeza administrativa. Destacaron a mi padre allí como Comandante. Resultó un alivio tenerlo lejos. Nos visitaba solo los fines de semana y a veces ni eso. Me encontré libre de cantar, de bailar, de hacer lo que quería bajo el manto de mi madre, que tironeaba por aquí y por allá pero dejaba vivir. Una vez que partió la vida devino una fiesta. Aunque nuestra situación económica era difícil. La información era escasa. La moralina predominaba. Eran los años de dictadura militar. Y aparentemente nada de eso cambiaría jamás. Un canal griego de televisión empezaba a bizquear en la pantalla. ¡Aquellos primeros programas con popes entonando la liturgia, dando las buenas noches!

La carrera de mi padre entró en su apogeo. Tenía un puesto clave en la administración militar. Quiso el destino que no soportara vivir solo en Heraklion y pidió el traslado de vuelta a Jania para amolar a la familia. Regresó y me arruinó la vida. Yo aparentaba ignorar sus sarcasmos y provocaciones. No tenía certeza de cómo actuar. Mi dignidad estaba comprometida. Me encerré en mí mismo. Perdí la capacidad de ser espontáneo. Mis movimientos se hicieron trabados y torpes. Derivé hacia lo asocial, me volví inexpresivo. Vivía en una dimensión diferente de los otros. El día en que cumplí quince años entré al comedor y por azar sorprendí a mi madre y a mi abuela hablando acerca de mi persona. Sin sospechar que la estaba oyendo porque se encontraba de espaldas y no me vio entrar mi abuela dijo en voz alta: «Stavros, con su reserva»... Me vio y se detuvo en seco. Yo no dije nada. Escuchar esta opinión me dolió. Era la primera vez que oía a alguien de mi entorno, alguien querido, dar un juicio a mis espaldas. Fue su

opinión sincera, ella no pensaba mal. El diagnóstico de mi abuela era correcto. Me hizo sentir observado. No me podía desenvolver. Para mi padre yo era inaceptable. Mis hermanos se apartaban de mí como de alguien contagioso. Yo les repugnaba. Para que mi padre no desaprobara su conducta ellos no querían tener parte en mi rareza y por lo tanto iban y venían sin hablarme ni tocarme. Hasta sin verme. Me sentía en latencia, un renacuajo. Una larva en verdad. Tropezaba, no podía caminar. Cuerdas invisibles atravesaban mi trayecto y no lograba dar un paso.

Me metía entre las rocas del promontorio de Akroteri. Caminaba tan lejos... hasta la playa de Majerida. Allí los pescadores tenían ¿qué costumbres? Imaginaba que fuesen como aquellos hombres de montaña que festejaban a Aleko. En su pesca bruta, al sesgo —respecto de su vida de familia— ¿o yo imaginaba algo que no existía? Lo que despertaba mi curiosidad ¿no estaba en ninguna parte? Estaba en un lugar, pero en ese lugar no estaba yo.

Viajé a Atenas en los primeros setenta. Vi *Las bacantes* en el teatro de la Acrópolis. Una versión anémica producto del régimen que nos sofocaba. Las bacantes resultaron tan frías como los reflectores de la Acrópolis (era un espectáculo nocturno). A Dionisos, a pesar de su piel de pantera, se le puso la piel de gallina por ese momento tan deslucido que nos tocó vivir.

En el moño de mi madre está metida toda la familia. Mi padre se puso reumático, varicoso. Ella continuó, impertérrita. En la cocina espanta moscas. El moño antes era pesado y negro. Ahora está lleno de hebras grises junto a otras todavía negras. Predomina en ella lo plateado. Se ha encogido, se volvió más magra, más huesuda. Protegió mi malestar con su silencio. Eso ya es algo. La veo como un barco que no desvía el rumbo. Navega y pasa al costado de una ballena. Esa ballena soy yo. Es de noche. Me esquivo diestra sin provocar una colisión.

Dibujé las caras de mis condiscípulos. A fin de legitimar el contrabando de esos trazos clandestinos, logré que mis padres me permitieran tomar clases de pintura con un viejo pintor de iconos venido de Tesalónica. Pensaron que no era una empresa del todo inútil, podría incluso volverse rentable habida cuenta del incremento de turistas y su interés manifiesto por las chucherías y los *souvenirs*. El anciano tenía conocimiento de los procesos antiguos de la pintura de iconos. Trabajaba poco, perdía los dientes. Yo lo trataba con reverencia, lo ayudaba en el taller y aprendí sus trucos.

Seguí caminando hasta rasparme los pies desnudos. La playa de Majerida, adonde llegaban dos o tres barcas de pescadores al caer la tarde, era mi polo magnético. Me parecía distinta del entorno conocido. Los muchachos jugaban en la playa, hacían piroetas, desaparecían de repente tras los matorrales de la costa.

Un hombre casi viejo apareció en el porche de una villa sobre la playa. Las piernas expuestas tenían una delgadez espectral saliendo de los shorts caqui desteñidos. Mi belleza debió deslumbrarlo. Se puso a seguirme, no corriendo, pero con deliberación. Aminoré la marcha. Me detuve a recoger una concha y él pudo alcanzarme. Llegó jadeando. Usaba sombrero ancho de paja de Italia, lentes oscuros redondos de armazón de carey; una barba rojiza sin recortar de varios días. La voz carrasposa formuló palabras en demótico:

—Vivo aquí. Alquilé esa villa color rosa viejo. ¿Cómo te llamas?

—Stavros —respondí, poco acostumbrado a que alguien no supiera mi nombre. En Jania todos me conocían y parecían vivir pendientes de mi rareza.

El inglés —Steve se llamaba— me invitó a tomar té en su salón. «Yo mismo hago los escones», dijo. Por cierto, no se parecía para nada a aquellos radiantes atletas de los frescos de Knossos. Tampoco nada que ver con los muchachos bronceados de aquí que corrían por la playa. El emperador romano Galba era gerontófilo. Podría haber cogido a cualquiera de sus soldados, pero prefería los

viejos. En cambio yo soy Michael Jackson. Quiero decir, nunca me atrajo nadie mayor que yo.

El inglés se inquietaba. Percibí un componente de impaciencia. ¿Para qué había desembarcado aquí con las vacaciones pagas? ¿No era esta la Creta antigua? ¿No eran platónicos los maestros de la juventud actual? Al ver que yo me mostraba remiso, citó el *Fedro*: «La antigua magia se ha perdido. Antes bastaba escuchar las fuentes y los bosques. Ellos hablaban. Hoy debemos preguntar quién es y por qué lo dijo».

En los brotes de plantas crasas, en las espinas de la cruz, en el aire fresco de mar, entreluz submarino. La reminiscencia. Sí, ¿pero de qué? ¿Del lamido de la bestia madre? Cristales de sal. El inglés me miraba con ojos de fiebre, rojo por el sol. Nos sentábamos en reposeras de mimbre y bebíamos té de menta frío.

De mis tetillas tira un espectro de alambres que me sujetan como a Gulliver a esta playa por vínculos sutiles, cada poro conectado a ciertos puntos pulsa una carga magnética. A cada tirón de los cables, las jarcias tirantes, se hinchan las velas, el barco cruje y cabecea urgido a navegar. El agua bufa contra las maderas. Soy una red incesante de punzadas, los cables vibran poniéndome en marcha, los cables no se rompen; cada viva punzada tironea como para arrancarme la piel. Por fin, ¡que esto cese!

Tenía que irme de Creta. Necesitaba irme con la pintura a otra parte. Un estadounidense vio mis obras en el mercado del Ágora, se sacó la pipa de la boca, dijo: «*Such a classy job!*» y pagó lo que yo pedía por un icono de Agios Nikolaus en oro y en negro, con nimbo, mitra, esclavina, báculo de obispo. También se llevó un icono de la Santísima Trinidad: tres ángeles adultos con largos rulos rubios, mandíbulas cortas, amago de papada, sentados alrededor de una mesa a punto de consumir una pasta verde que yo mismo no sabía lo que era. Con ese dinero compré un pasaje hasta el puerto

italiano de Bari. De allí me trasladé a Florencia en sucesivas etapas de tren, bus y autostop.

Serían las tres de la tarde. El sol crepitaba entre los cipreses, el alquitrán de la carretera se derretía, un encrespado ondulante de Fata Morgana. Al fondo se formó un destello plateado. Era una moto azul con adornos de cromo. La moto se detuvo a mi costado. El motor rabió antes de apagarse buscando llamar mi atención, ¡como si yo no lo oyera!

El conductor usaba un casco plateado con barbijo de escamas metálicas cromadas, igual a la guarda en círculos superpuestos alrededor del fresco del Sacerdote de los Lirios, similar asimismo a los barbijos de los cascos de los guardias de gala ante el palacio del Quirinale, en Roma. Llevaba chaqueta de cuero con tachas y botas de tacón alto.

—¿Adónde vas?

—A Florencia.

—Te acerco hasta la estación de policía de la autopista. Allí es posible que una camioneta o un auto te den un aventón.

—Gracias. —Subí tras él en la moto, abracé su cintura casi tan esbelta como la del Sacerdote de los Lirios. Junté mi cara a su nuca pero evité posar allí los labios. Su foulard se me enredaba entre los dientes, los ecos me azotaban la nariz y me hacían cosquillas. Seguimos adelante unos pocos kilómetros. Antes de llegar al cruce de la autopista paró la moto. Me ordenó bajar y nos arrimamos a los bejucos de un estanque.

Allí en pleno campo sacó una petaca metálica y me ofreció un trago. Hervía algo fuerte allí. Sentí una ola inundar todo mi sistema. Él parecía absorto en la tarea de buscar un lugar apropiado para arrellanarse. Se puso de repente lánguido y se extendió en la hierba.

—¡Rociáme las sienes con licor, Stavros! Pronto pasará. No es para alarmarse... este terrible calambre en el muslo. Siempre llega cuando me canso. Son horas de andar en moto. Masajéame el



muslo derecho, frótalo tan fuerte como puedas —dijo, un rictus de dolor en los labios. Me arrodillé a su vera. Tomándole el pie derecho crujían los muslos encerrados en el cuero; le quité la bota, admiré el tacón afinándose en la punta.

No puedo describir cómo me sentí en ese momento, mientras mis manos jugaban con el liso calcetín de seda gris que encerraba un pie delicado, en molde de porcelana, y una pantorrilla de futbolista. Perdía el sentido. ¡Qué oportunidad! ¿Cómo resistirme a levantar la cobertura que velaba ese monte de amor, puesto que él ya había desatado los cordones que anudaban la bragueta? ¡Cielo! ¡No usaba calzoncillos!

Mi mano se internó por el muslo, a punto de tocar el cipote que podía ver anidado en un bosquecillo de rulos oscuros. Pareció despertar con leve suspiro y sacudimiento.

—*¡Dío, ¿ché fai, Stavros?! —Se retiró y se tapó con la chaqueta. Mi sangre hervía. Me arrojé sobre él diciendo en un suspiro ronco:*

—Querido motociclista, me permites ver demasiado de tus encantos. Debo penetrarte, o muero.

—Pues vas a morir. Soy policía, aquí está mi charola y te arresto por conducta deshonesto y provocativa con un agente de la ley.

—¿Policía? Si no estás uniformado...

—Trabajo en el puesto de policía caminero. Ando en ropas de civil porque vengo de casa, de comer *gnocchi* con la *mamma*. Al llegar al puesto me pongo el uniforme de oficial.

—¿Oficial? Tú eres tan invertido como yo.

Fingió enojarse. Sacó de la caja de la moto, aparcada a un lado, un arma inmensa, que me atrevería a calificar de *Mágnum*.

—Si no te comportas te rompo la quijada con la culata.

Una de sus piernas estaba todavía entre las mías. Luché para que las abriera más. Simuló resistir con fuerza, pero terminó abandonando el arma encima de una piedra. Esto me dio la señal de lo que él tramaba. Tomé la pistola, engatillé, lo apunté:

—Señor oficial de la policía, tengo experiencia con tu tipo de gente. No me asustas. Ahora tú eres mi esclavo. Te atravieso la sien con una bala. Huyo en tu moto. No tengo nada que perder. Nada me importa.

—Deja la pistola. Está descargada.

Jadeamos, resollamos, luchamos. Lenta pero segura, mi fuerza superior prevalecía. La cabeza de mi adversario ya sin casco se desmelenaba como una Gorgona, echaba rulos para todas partes, el olor a gomalaca me enloquecía. Apreté la boca contra la cabeza de su glande. Inhalé el filtro de la fragante acabada. «Ah, ah, ah», admitía, cediendo la palma de mi victoria. Sus rígidos miembros se relajaron. Gané terreno. Mi glande entró en el agujero palpitante de su celestial vagina de hombre. Lo enterré. Caló hondo.

Entretanto, chupaba el tacón taraceado de su bota. ¿Y por qué no? Nuestro cuerpo es una lechería mecánica. Necesitamos hacer varias cosas a la vez, ordeñar, trabajar esfínteres para sentir que hemos entrado por completo en el éxtasis. No es el éxtasis de un órgano. El caballo de Troya entra al cielo. Esa crisis me arrebató unos golpes profundos; el esperma, guardado tanto tiempo, se desbordaba.

Mientras yacía sobre él casi desmayado por el exceso de gozo tuve la alegría de sentir la suave presión de sus muslos y sus bíceps abrazando mi cintura y apretándome contra su seno. Sus labios devolvían atenciones con una profusión de besos estrellados.

Una risa ahogada tras de mí me devolvió la lucidez. Volteándome para ver de qué se trataba, para mi horror tuve ante los ojos a un lechero joven que se había acercado con su vaca sin que lo advirtiéramos. Se restregaba una muy hermosa verga propia. Sin duda disfrutaba del espectáculo.

—Perras locas —gritó—. ¡Mi viejo amigo de la policía montada encontró a un joven dispuesto a servirle el té!

Su aparición súbita redujo mi glande a proporciones modestas. Me retiré con vergüenza de aquella deliciosa vagina de hombre donde había eyaculado. El lechero dijo al policía:

—Cariño, amorcito, amado Paolo, nadie se casará contigo salvo yo. Eres mi querido, pero debe excitarme primero ver que este muchacho te coge por detrás. Y tú, desconocido, apúrate a penetrarme. Es el único modo en que puedo de veras gozar con él.

Llevando la cabeza de mi glande a su estrecho orificio, me hizo entrar con premura. Él estaba recaliente. Hundí mi lengua en su oreja. Acabamos. Tanto el policía como el lechero me cubrieron de caricias, hasta que fue necesario aprontarse y partir.

La explicación de este incidente es que estos dos se quisieron desde la pubertad y nada los inducía a casarse con mujer, aunque el lechero se había hastiado y vuelto indiferente. Necesitaba una puesta en escena, ver a su compañero poseído por otro antes de poder disfrutar él mismo. Usaba a Paolo como anzuelo, a modo de alcahuete o celestina, para seducir a jóvenes como yo que andaban por los caminos.

Dormí esa noche en la cabina policial de la carretera alojado por Paolo. A la mañana siguiente me llevó hasta Parma, o Ancona, no recuerdo bien, o a algún otro punto, para que siguiera mi camino.

En Florencia, durante unos dos años, mientras yo vivía allí, Paolo venía a visitarme en moto. Salíamos por los alrededores y nos reclinábamos en algún jardín privado, pero desierto, sobre la falda de las colinas. Al fondo, entre un cuenco de polvo dorado, emergía la cúpula del Duomo.

Me quedé en Florencia cinco años. Una tarde, mientras comía la mejor *lasagna* de mi vida sentado en un restorán con mesas entoldadas frente a una plaza, pasó un muchacho vendedor de manzanas. Sonrió. Pude ver que le faltaba un diente. No tenía padres o parientes de ninguna clase. Tras la camiseta desgarrada entreví la pelusilla de los buenos pastos por la zona del bajo vientre donde su pantalón resbalaba mal ceñido por una cuerda.

Alzado poco después en el clóset de la pensión donde vivía y trabajaba yo, su órgano de porcelana, cabeza de rubí resplande-